

Paul Valery

El hombre y la noche

EXTRACTO DE UNA VARIACION SOBRE UN
PENSAMIENTO DE PASCAL



ALGUNAS veces he tratado de observar en mí y de seguir hasta las ideas ese misterioso efecto que una noche pura y la presencia de los astros producen generalmente sobre los hombres.

Nos encontramos con que no percibimos entonces sino objetos que nada tienen que ver con nuestro cuerpo. Hallámonos extrañamente simplificados. Todo lo que es próximo se hace invisible, lo que es sensorial se hace impalpable. Flotamos lejos de nosotros. Nuestra mirada se abandona a la visión, en un campo de acontecimientos luminosos, que uno no puede dejar de enlazar entre sí por sus movimientos espontáneos, como si todos se produjesen al mismo tiempo; los unimos trazando líneas, formando figuras que les pertenecen, que nos imponen y que introducen en el espectáculo real.

Sin embargo, la distribución de todos estos puntos

nos escapa. Nos encontramos anonadados, lapidados, envueltos, despreciados por este múltiple destello.

Podemos contar esos astros, nosotros que no nos sentimos capaces de creer que podamos existir para su mirada. No hay ninguna reciprocidad entre ellos y nosotros.

Sentimos algo que nos pide una palabra y algo que nos la rechaza.

Lo que vemos en el cielo, y lo que en el fondo de nosotros mismos descubrimos, siendo igualmente ajenos a nuestra acción, lo uno destellando más allá de nuestras empresas, y lo otro permaneciendo inaprehensible para nuestras expresiones, crean una especie de lazo entre la atención que dedicamos a lo más lejano, y nuestra atención más íntima. Ellos son como los extremos de nuestro interés, y se responden y semejan por la esperanza de alguna novedad decisiva, en el cielo o en el corazón.

A ese número de estrellas, prodigioso para nuestras pupilas, el fondo del ser opone un sentimiento vago de ser yo, de ser único y de ser solo, sin embargo. Soy todo e incompleto. Soy todo y parte.

La obscuridad que nos circunda nos desnuda el alma.

Esta obscuridad está sembrada toda de inaccesibles claridades. Es difícil librarse de pensar en las mansiones que vigilamos. Vagamente poblamos la sombra de vivientes luminosos e inconocibles.

Esta misma sombra que suprime los alrededores de nuestro cuerpo, debilita consecucionalmente el sonido

de nuestra voz y la reduce a una palabra interior, ya que tenemos tendencia a no hablar verdaderamente sino a seres cercanos.

Experimentamos una calma y un malestar singulares. Entre el yo y el no yo no hay ya distancias. Durante la plena luz, existía un encadenamiento de nuestro pensar con las cosas, a través de nuestros actos. Cambiábamos sensaciones por pensamientos, y pensamientos por sensaciones, sirviendo nuestros actos de intermediarios, y nuestro tiempo de moneda. Pero ahora no hay ya cambios, no existe ese hombre actuante que es la medida de las cosas. No hay sino dos presencias distintas y dos naturalezas inconmensurables. No hay sino dos adversarios que se contemplan sin comprenderse. El engrandecimiento inmenso de nuestras perspectivas y la reducción de nuestro poder son confrontados. Por algún tiempo perdemos la ilusión familiar de que las cosas nos corresponden. Vivimos a semejanza de una mosca que no pudiese atravesar un vidrio.

Pero no podemos quedarnos en este punto muerto. La sensibilidad desconoce el equilibrio. Aun más, podría definírsela como una función, cuyo rol es romper en los vivientes todo equilibrio de sus potencias. Es preciso, pues, que nuestro espíritu se agujonee a sí mismo para deshacer su estupor y para reponerse de esa solemne inmóvil sorpresa que le causa el sentimiento de ser todo, y la evidencia de no ser nada.

(Traducción de Luis Oyarzún).